

marco polo

Viajero veneciano que nació en 1254 en Venecia y murió en 1324 en esa misma ciudad.

En 1271, con tan sólo 17 años, viajando con su padre y su tío, que eran mercaderes, llegó a China pasando por Armenia, Persia, Jurazán, Pamir y el desierto del Gobi. En 1275, fue recibido en Pekín por Qubilay kan. Allí vivió junto con su padre Niccolò y su tío Maffeo, en la corte del gran kan y, según sus propios informes, fue distinguido con numerosas misiones oficiales en China, en el curso de las cuales pudo conocer a fondo el país y sus gentes. Aquella China de la que Europa tenía por primera vez noticias exactas, después de los datos fragmentarios aportados por los misioneros católicos enviados como embajadores en la segunda mitad del siglo XIII, era la China de los mongoles conocida con el nombre de Catay.

El veneciano nos informa de las gigantescas ciudades de tiendas y de los palacios resplandecientes de oro de Qubilay en Pekín y en Shang-tu, con su parque salvaje de 25 kilómetros cuadrados utilizados por el kan para la caza de águilas, leopardos y tigres con halcones amaestrados. Nos habla también de las opíparas fiestas de la corte, en las que se bebían ingentes cantidades de vino de arroz y de kumyss mongol hecho de leche de yegua ligeramente fermentada y que acababan con frecuencia en grandes borracheras. Nos describe asimismo, maravillado, la excelente organización del inmenso imperio: los silos y graneros estatales que, en épocas de necesidad, distribuían pan y cereales a cargo del estado; la red de carreteras que cruzaban el país, con árboles a ambas orillas para proporcionar belleza y sombra; el gran canal, que corría desde Hangzhou hasta Pekin y que los mongoles cuidaban de mantener siempre en buen estado, porque deseaban establecer sólidos vínculos comerciales entre la China del Norte y la del Sur, ahora reunificadas bajo su mano, pero, sobre todo, porque querían asegurar el abastecimiento de Pekín con los víveres procedentes del Sur. Marco Polo habla finalmente del magnífico sistema de correos y mensajeros, con estaciones cada cincuenta kilómetros con más de cien caballos dispuestos noche y día para el servicio de los altos funcionarios. Existían además, entre estación y estación, pequeñas aldeas, situadas a 5 kilómetros de distancia unas de otras, donde vivían los mensajeros y en las que se mantenía asimismo un número de caballos preparados para casos de necesidad, de tal suerte que un correo especial que galopara noche y día sin descanso y cambiara de montura cada 5 kilómetros podría recorrer en 24 horas una distancia de 800 kilómetros.

El punto culminante de las descripciones de Marco Polo sobre China lo constituye su descripción de Kinsay, ciudad que por aquella época tendría unos 150 kilómetros de perímetro y más de millón y medio de habitantes. Dentro de la ciudad, según este relato había numerosas calles hechas con cantos rodados y pavimentadas con ladrillos, así como una red de canales, cruzados por más de 12000 puentes, que con frecuencia tenían arcos tan elevados que los barcos podían pasar bajo ellos con los mástiles levantados. En todos los puertos principales había noche y día un servicio de vigilancia contra incendios, que era de vital importancia en una ciudad cuyas casas estaban construidas en su inmensa parte de madera. Este servicio daba la alarma en caso de fuego, luchaba por apagarlo y acudía en socorro de los habitantes afectados o amenazados por el incendio, ayudándoles a trasladar sus bienes y a ponerlos a salvo en la casa comunal, de piedra, que había en cada uno de los barrios de la ciudad. Además de esto, señalaba las horas a golpes de gong.

Diez mercados, cada uno de los cuales tenía un kilómetro cuadrado de extensión, y otras innumerables tiendas proveían de víveres a los habitantes. En cada uno de los mercados se congregaban, tres días a la semana, de 40000 a 50000 personas. Había en ellos una multitud ingente de animales de toda especie: corzos, ciervos, gamos, liebres, conejos, perdices, faisanes, codornices, gallinas y un número indescriptible de patos y gansos. En todas las estaciones del año se ofrecía gran abundancia de frutas y verduras de todo tipo, sobre todo peras, de tan extraordinario tamaño que una de ellas llegaba a pesar 10 libras; por dentro eran blancas como la harina y tenían un perfume muy agradable. En tiempo de la recolección había también melocotones amarillos y blancos, de muy gustoso sabor. No había uva, pero se la importaba, seca y en buen estado, de otras regiones.

Lo mismo podía decirse del vino, que los habitantes no tenían en mucho aprecio, porque estaban acostumbrados a su propia bebida, obtenida del arroz y especias. Del mar, que dista 25 millas de la ciudad, llegaba cada día, por vía fluvial, una abrumadora cantidad de pescado; también del lago próximo a la ciudad se obtenía gran abundancia de peces.

Cada uno de los diez mercados estaba rodeado de altas casas destinadas a viviendas. En la parte inferior de las mismas se encontraban las tiendas, en las que podían comprarse las más diversas mercancías.

En algunas calles, comunicadas con los mercados, había baños de agua fría, en las que los que servidores de ambos sexos estaban a disposición de los hombres y mujeres que desearan bañarse. Los visitantes de estos baños estaban acostumbrados desde la infancia al agua fría, pues la consideraban muy beneficiosa para la salud. Todos procuraban bañarse diariamente, sobre todo antes de las comidas.

En 1291, volvió a Europa por Sumatra, las costas meridionales de Asia y el Golfo Pérsico. Fue hecho prisionero en una guerra entre Venecia y Génova (1296). Volvió a Venecia en 1299. En la prisión de Génova dictó al escritor Rustichello la obra "El libro de Marco Polo", que es una descripción geográfica, étnica y económica de China, acompañada de un registro de instituciones y creencias y de la crónica de los quince años de actividad política y comercial de su autor al servicio de Qubilay kan. Esta obra constituye el primer testimonio preciso sobre Extremo Oriente.